

PILAR CEBRIÁN

-

EL INFIEL
QUE HABITA
EN MÍ

-

Los europeos que viajaron
al califato del Estado Islámico



Ariel

Pilar Cebrián

El infiel que habita en mí

Los europeos que viajaron al califato
del Estado Islámico

Ariel

Fundación BBVA

Proyecto realizado con la Beca Leonardo a Investigadores y Creadores Culturales 2018 de la Fundación BBVA. La Fundación no se responsabiliza de las opiniones, comentarios y contenidos incluidos en el proyecto y/o los resultados obtenidos del mismo, los cuales son total y absoluta responsabilidad de sus autores.

Primera edición: marzo de 2021

© 2021, María Pilar Cebrián Octavio

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3273-4

Depósito legal: B. 2.819-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Prefacio</i>	13
1. YOLANDA MARTÍNEZ: UNA ESPAÑOLA EN EL ÚLTIMO BASTIÓN DEL CALIFATO (ESPAÑA)	23
El paradigma de una distopía: Los campamentos de prisioneros yihadistas.	36
El destierro de los «apestados» a la provincia ficticia	53
La yihadista Yolanda, una niña bien del barrio de Salamanca	64
La Brigada Al Andalus: De las anónimas calles madrileñas al célebre frente de la yihad.	74
«Quiero volver a España»: La judicialización de los yihadistas retornados	83
Las fugas de los campamentos, único billete de vuelta a Europa	92
2. TARIK JADAOUN: DE LA CÁRCEL DE LIEJA A ESTRELLA MEDIÁTICA DE DÁESH (BÉLGICA)	95
La yihad de Abu Hamza al Belgiki: A la conquista de la provincia iraquí	98
La unidad Amniyat: La primera misión de Dáesh para atentar en Europa.	113

Primer asalto a una capital del EI. Abu Hamza, el último en salir de Mosul	121
El antídoto para un joven perdido: El dogma del salafismo y las horas muertas en prisión	128
Cárcel-yihad-cárcel-yihad: El ciclo del islam radical	142
3. BILAL AL MARCHOHI: EL PRISIONERO ENTREGADO POR ESTADOS UNIDOS AL CORREDOR DE LA MUERTE IRAQUÍ (BÉLGICA)	153
A puerta cerrada: El juicio de unas pruebas fabricadas.	162
Policía contra inmigrantes: El germen del reclutamiento en Amberes	169
Del Frente al Nusra al EI, la yihad de Abu Fadel al Belgiki	179
El banquillo iraquí para evitar la vuelta de los FTF: sesiones exprés, falsa defensa y pena capital . .	191
Diplomacia poscalifato: «Irak, el cementerio del mundo para los remanentes de Dáesh»	202
«El tiempo se agota», cuenta atrás para la ejecución de Bilal al Marchohi	211
4. LOS PADRES DE LÉONARD LOPEZ: AL RESCATE DE UNOS NIETOS ATRAPADOS EN SIRIA (FRANCIA).	219
La infiltración de los familiares en las mazmorras de los yihadistas.	222
La memoria de los vencidos: El descendiente de un anarquista español y de una judía gaseada en Auschwitz	240
Abu Ibrahim al Andalusi, el moderador del foro ciberyihadista Ansar al Haqq	252
La operación secreta de Francia	261
La culpa heredada de los niños del califato	272
5. ROMINA MARTÍN: UNA NOVIA YIHADISTA EN BUSCA DEL HOMBRE PERFECTO (ALEMANIA)	283
«Vuelve, hija mía, vuelve a casa».	288

El plan secreto para exfiltrar de Siria a una yihadista embarazada.	297
Om Mariam al Almani, viuda de un venerado mártir de Dáesh	315
En busca del amor (<i>e-dating</i>) y la purificación de una vida (islam).	325
La paradoja de Baguz: Una yihadista desposada al cuidado de tres niños pequeños.	331
6. FADEL B.: R5, UN ESPÍA DE LA INTELIGENCIA BRITÁNICA INFILTRADO EN EL EI (REINO UNIDO)	339
Fadel B., ¿un agente doble?	354
La mezquita de Finsbury Park, epicentro del temblor yihadista del nuevo siglo	360
Reino Unido, retirada de pasaporte y condena al exilio.	369
EPÍLOGO. La vuelta a casa de los yihadistas europeos.	377
<i>Agradecimientos</i>	385
<i>Notas</i>	387

Yolanda Martínez

Una española en el último bastión del califato

(*España*)

A veces le cuesta reconocer a su niña entre las telas negras del *niqab*, el velo íntegro. No es vergüenza, deshonra o decepción, sino la sensación de vivir una realidad que le es ajena. La foto del periódico saca en portada a Yoli, como la llaman en casa, detenida en el campamento de miembros del EI en Siria. Puede distinguir en una primera ojeada sus enormes gafas, que asoman por la ranura del velo. Es duro ver a su hija retratada como una terrorista yihadista, como una fugitiva convicta, como alguien que merece el destierro. Inmediatamente le viene a la cabeza la imagen de Yolanda con solo tres años, con el pelo rubio cortito y aquel vestido amarillo que le encantaba y que se volvía a poner en cuanto estaba recién lavado.

—Es que no había forma de quitárselo —recuerda el padre con una amarga sonrisa.

La fotografía enmarcada preside uno de los rincones más evitados de la casa, el mueble de los recuerdos de otra vida, en los que su hija era «una niña normal, muy buena, muy bonita». La estampa de Luis Martínez es la de un padre herido por los cuatro costados, que no solo arrastra las secuelas de un problema de salud que sufrió hace años, sino el eterno sentimiento de culpa que acecha a los padres de quienes se han unido al EI. Es un dolor que muta, que cambia

de intensidad, que toma formas despiadadas que desgarran el espíritu: enfado y compasión; rechazo y responsabilidad; rabia y dolor.

—Siempre le cabe a uno el remordimiento de qué ha podido hacer mal. Yo les he dado una vida de seda natural y a lo mejor debería haberles dado una de ladrillo. A lo mejor les he dado demasiado a mis hijos. Les he dado lo que he podido y como he podido... todo... les he dado todo —se repite Luis a sí mismo.

Compungido, ahogado en sus lágrimas, intenta lidiar con el deber de un padre que no ha podido evitar una decisión irreversible.

—Quizás era un poco severo con ellos... —se cuestiona—, pero la relación era buena. Yo sabía que ella era distinta. Yoli armaba enseguida unos pitotes... era muy temperamental. Había que tener mucho cuidado porque enseguida se sentía dolida.

En las páginas interiores del periódico, Luis se topa con un primer plano de su hija. Una fotografía a color, aunque podría ser en blanco y negro porque solo la claridad de su tez y la oscuridad del velo ocupan el encuadre. Yolanda mira con temor al objetivo, como si estuviera observando a su padre y fuera él quien le apunta con la cámara. Posa con un gesto de pudor y vergüenza, de miedo y tristeza, tratando de esconder la realidad. Padre e hija vivieron una relación de idas y venidas, de incompreensión, enfados y decepción, discrepancias que a Luis le cuesta reconocer:

—Ella era muy responsable, una mujer muy responsable. Que luego ha tenido lo que ha tenido. No sé, ¿cuál es la culpa de uno o de otro? Porque yo no soy quién para juzgar a nadie, ni he sido juez. Es que tampoco puedes entender a una persona que te está contando 37 y luego es 32.

A pesar de la novedosa portada del periódico, para Luis esta historia no es ninguna noticia. Hace días que sabe que Yolanda ha salido con vida del califato. Los parientes de otras yihadistas, así como el Ministerio de Asuntos Exteriores español, han contactado con él para confirmarle que su hija está

entre la cuota de prisioneros en los campamentos de Siria. Para él ha supuesto el fin de una vida clandestina que él también ha debido llevar en secreto. Un secreto que empezó el día en el que Yoli salió por la puerta de este piso madrileño del barrio de Salamanca, para después fugarse a Turquía e infiltrarse en los dominios del EI. Una tragedia, la afiliación de su hija al grupo terrorista, que ha terminado en la batalla final del califato en Baguz. En esas lindes ha resistido cinco años Yolanda, en compañía de su esposo y sus cuatro niños pequeños, tres de ellos nacidos bajo el yugo de la organización.

Unos días antes. Baguz (Siria), febrero de 2019

El siguiente epílogo nunca formó parte de la profecía. La gran batalla de todos los tiempos daría lugar a un Estado islámico que salvaría al mundo del caos total. El final del mundo, según el legado escrito en la literatura yihadista, tendría lugar en Siria. Un apocalipsis de cruentas contiendas y trágicos duelos que concluiría con el reino del islam. «Id a Al Sham porque es la tierra elegida por Alá donde se reunirán sus mejores servidores.» El profeta Mohamed señaló la tierra de Damasco como el escenario de la última yihad y el lugar donde se celebraría el día del juicio final. No hubo, en cambio, predicción profética que anunciara el asedio del mundo contra los últimos yihadistas o que presagiara, a tan solo cinco años de su fundación, la derrota del incipiente califato.

Las ráfagas de viento arrastran la arena del desierto de Deir Ezzor en una metáfora visual de la desaparición del EI. El último reducto yihadista se ubica en el remoto este de Siria, a pocos metros de la frontera sirio-iraquí, en un pueblo asentado a la orilla del río Éufrates. Ahí permanecen sitiados desde enero, en un escaso kilómetro cuadrado, los combatientes acompañados de sus familias, una amalgama de reclutas extranjeros venidos de Europa, América, África o Asia Central. Las montañas ocre de marga, las palmeras

de dátiles o las cabañas de ladrillo hueco dan a la ofensiva de Baguz una atmósfera atemporal, un aire de batalla del Camello representada por los historiadores persas, de luchadores de turbante arropados en negras túnicas que se mueven con la furia del viento. Pero el chasis achicharrado de los coches bomba y la maraña del tendido eléctrico recuerdan la actualidad de esta guerra asimétrica.

Frente a los yihadistas, que luchan *in extremis* desde la ver-dosa ribera del río, combaten las tropas enemigas: las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), una facción kurda comandada por el ejército estadounidense, ataca por tierra la primera línea del frente; los soldados del régimen sirio empujan desde la otra orilla fluvial; y los cazas de los ejércitos de la Coalición Internacional contra el Estado Islámico de Irak y Siria (más conocida como CI, o bien por sus siglas en inglés, CJTF-OIR) bombardean desde el aire. Los yihadistas se arrastran por el suelo entre los montículos de tierra y disparan con rifles Kaláshnikov. Los siervos del islam integrista se afanan en rezos, ofrendas y bendiciones porque saben que el momento de la muerte está a punto de llegar. Pero no están asustados porque confían en entrar en el *jannah*, el paraíso, ya que lo han dado todo por emigrar a la tierra de Alá. Es la generación yihadista más entregada de la historia, resisten sin vacilación, su fe tiene una dimensión superior.

—¡A cubierto, todos a cubierto! —grita uno de ellos antes de que una humareda negra cubra la línea defensiva del frente por la explosión de un misil.

Los muyahidines corren rápido hacia los agujeros que han cavado en la tierra a modo de madriguera, a los que llaman *handak*, donde cada familia se protege de los disparos y las agresiones aéreas. En uno de esos rudimentarios búnkeres se esconde junto a sus cuatro hijos Yolanda Martínez Cobos, una madrileña conversa de 34 años que se mudó a Siria en los prolíficos tiempos del año 2014. La mujer observa la serie de bombardeos desde la oscuridad de su escondite, puede ver saltar por los aires pedazos de tierra seca y

trozos de metralla. Aunque se ha acostumbrado a las peores calamidades, estas no le han enseñado a controlar la respiración. El aliento vuelve a empañarle las gafas que sobresalen por la ranura del *niqab*. En un momento en el que no escucha disparos ni el rugir propio de los cazas militares, Yolanda sale a la superficie con el propósito de buscar algún alimento para los niños. Se ha acostumbrado a moverse con rapidez, a correr sin que su vestido se lo impida, a agarrar a dos críos con un solo brazo o a levantarse sin esfuerzo cuando tropieza. En los últimos ocho meses ha sido una fugitiva que huye, como ella cree, de los enemigos del islam. Entre sus brazos solloza de hambre el más pequeño de sus hijos, el recién nacido Omar, a quien dio a luz en el pueblo de Al Shafa hace tan solo dos meses, en la intimidad de una tienda de campaña y gracias al auxilio de una yihadista de Filipinas. Podría decirse que las integrantes del califato han dedicado su yihad a la expansión demográfica. Casi todas han alumbrado a un hijo nuevo cada año, por lo que todas tienen entre tres y cuatro niños a su cargo.

En compañía de otras «hermanas», como se llaman entre ellas, Yolanda se apura en recoger el pasto seco de los campos colindantes para aplastarlo y preparar una masa insípida que, mezclada con agua, tomará forma de torta de pan. Es lo que comen desde hace semanas las desnutridas mujeres de Baguz y con lo que alimentan a sus vástagos. La española no sabe ni cuántos kilos ha perdido desde que huyó de Mayadín, la antepenúltima capital del EI, con su marido y sus entonces tres hijos pequeños. La escasez es tal que no encuentra instrumentos para prender fuego y revuelve entre los restos de plástico y basura amontonada en busca de material combustible con el que calentar los utensilios de cocina. Con la rapidez propia del instinto, agarra una rueda neumática y regresa a trompicones hasta la zona de la acampada. La quema con un mechero hasta que el caucho empieza a arder y se forma una fogata densa, suficiente para cocinar. Las mujeres desfallecidas, que amamantan a los recién nacidos por debajo de las

telas negras, intentan mantener la dignidad entre la más absoluta falta de higiene. La polvareda las azota cada vez que escuchan el estruendo de una explosión, y tosen casi al unísono mientras se frotan los ojos con la manga de la *abaya*, el vestido largo islámico. «¡*Allahu akbar*, Alá es grande!», puede oírse en forma de lamento. Una de ellas se desploma en el suelo por la debilidad extrema, hasta que otra la ayuda a sentarse sobre un bidón de gasolina oxidado. Las telas negras marcan unas formas huesudas, brazos raquíuticos, caderas estrechas, que retratan fielmente el aspecto moribundo de las mujeres de Baguz. El hambre se clava como una punzada en el estómago a cualquier hora del día y las ansias de comer no se olvidan ni siquiera con la imagen de la podredumbre que las rodea. En cualquier rincón, entre los matorrales, las chabolas, los vehículos o las tiendas de campaña, yacen restos de entrañas que, mezclados con la pólvora, impregnan el lugar de un olor ácido, intenso e indescriptible. En la pequeña hoguera las yihadistas de origen español, francés, alemán, ruso y marroquí calientan una placa sobre la que hornear las porciones de masa. Entre ellas critican el abuso de los «hermanos» iraquíes, quienes se han hecho con el control de los últimos víveres de Baguz. Ellos ocupan los mandos importantes del EI y se apropian de los pocos paquetes de arroz, latas de conserva y harina que quedan en la pequeña ciudad. Las viudas y los huérfanos, los parientes de un *shahid* —un mártir que ha muerto en combate— se quejan del poco respeto que los *iraqin*, los iraquíes, tienen al islam, en el que las víctimas deben ser las primeras en recibir el alimento. Por ello sienten rabia y los llaman *dunub* —algo ajeno que no es propio a lo querido por Alá—, y piensan que en realidad es culpa de ellos que el califato, el *khilafa*, haya fracasado. Otra de las «hermanas» trae unos puñados de avena, que le ha entregado la esposa de un iraquí, y la cuecen en las cacerolas abolladas para ingerirla con un ansia extrema, mientras se les escurre entre las manos, como si se tratara de un verdadero manjar.

—Mamá... no quedan bolsas de basura.

—Con cuidado, sal fuera y pide a las «hermanas» que te den unas cuantas.

Con solo nueve años de edad, el hijo mayor de Yolanda, Bilal, hace las funciones de padre en las tareas y el cuidado de sus hermanos. El chico ayuda como puede a cambiar los improvisados pañales hechos con bolsas de basura en las que abren dos agujeros para las piernas de los bebés. Las penurias llevan a Yolanda a arrancar unos gramos de césped que avista en un terreno cercano y que los niños devoran hambrientos para calmar el apetito. El cerco bélico les impide, desde hace meses, encontrar bocado, a excepción de unas unidades mínimas que entran con cuentagotas. Ni siquiera hay agua purificada o medicinas para tratar las infecciones de los niños. Los bandos enemigos también han suspendido la cobertura 3G y los yihadistas no contactan desde hace semanas con sus familias. Es una táctica arcaica de la guerra, utilizada desde los conflictos de antaño, para debilitar y forzar la definitiva rendición.

La imagen de los cuatro chavales devorando con ansia esos hierbajos destroza la moral de la madre. El agua que beben está sucia —la recogen del pantano o bien de los charcos de lluvia—, y por eso la diarrea ha afectado la salud de todos los chiquillos. Pero el agua sigue siendo el bien más necesario, el elemento esencial para mantenerse con vida. Así que su recogida es una actividad, aunque arriesgada, vital y necesaria. Es el momento más peligroso del día porque la salida al río los expone a las posiciones del ejército sirio, que se encuentra a solo doscientos metros de distancia. Las mujeres deben arrastrarse hasta la orilla, camufladas entre los matorrales, pues saben que el enemigo las observa desde la ribera opuesta. Cuando llegan al margen fluvial, observan que está cubierto de montañas de cadáveres, en un revoltijo de barro, mantas y restos humanos de quienes fueron tiroteados días atrás.

—¡Ah! ¡Media vuelta, nos están disparando! ¡No! ¡Le han dado!

Yolanda cae de bruces sobre el cuerpo de otra mujer que ha sido alcanzada por las balas. Del susto, tropieza con las ga-

rrafas de agua hasta que consigue levantarse y correr hacia la zona protegida.

—Ahora vamos nosotros, ¡venga! —El marido de Yolanda, el marroquí nacionalizado en España Omar al Harchi, sale con otros «hermanos» en busca de agua. El asedio es cada vez más virulento y ni siquiera queda líquido para calmar la sed de los más pequeños. A pocos minutos de caminata, gracias al fresco litoral del Éufrates, encuentran un arroyo de agua cristalina. Omar se sumerge aprisa con un par de botellas, pero el bufido de un proyectil le hace soltar instintivamente los recipientes de plástico.

—¡A tierra! —grita uno de sus compañeros.

Tras el estruendo del impacto, el yihadista español se incorpora aturdido y desorientado. No entiende lo que acaba de pasar hasta que distingue los cuerpos descuartizados de quienes lo acompañaban. Él es el único que ha sobrevivido.

La acampada es un lugar insólito de características indescriptibles. Un asentamiento de otra centuria que evoca el refugio de un pueblo a la fuga. Las tiendas de campaña son fragmentos de tela sobre astillas de madera; las camionetas están cargadas de mantas, colchones y bártulos. Veinticinco montículos sobresalen en la parcela reservada a la sepultura de los cadáveres, algunos de adultos, otros de niños pequeños. En el campamento de Baguz, ubicado a solo quinientos metros del frente, confluyen costumbres tribales propias del desierto con los modos de vida europeos de los *muhayirun*. Un hombre toma el té sentado sobre una alfombra a la entrada de un chamizo. Mientras, unos militantes foráneos teledirigen un dron que graba desde las alturas para después emitir las imágenes en una publicación de propaganda. Es una posada de carácter internacional por la que deambulan los yihadistas más extremistas del califato. En la entrada se forma una inusual aglomeración porque en ocasiones reciben la visita de un traficante que, con el permiso de los kurdos, vende el kilo de azúcar o la lata de sardinas por un billete de cien dólares.

Ante las pocas probabilidades de salir de ahí con vida, Omar abre vías de comunicación con el enemigo en un intento desesperado de pactar una rendición. Primero, habla por teléfono con unos milicianos kurdos que lo ponen en contacto con los oficiales estadounidenses. Omar quiere que los dejen pasar a Turquía, pero los kurdos piden a cambio información sensible sobre las posiciones de los francotiradores de Dáesh. La entrega de información supondría una alta traición a la banda terrorista, con unas consecuencias letales tanto para él como para el resto de su familia, así que cierra definitivamente la interlocución. El cabeza de familia trata de contactar con un traficante para planificar un salvoconducto de salida. Entre la multitud de Baguz corre el rumor de que los paisanos que venden provisiones de comida también conducen a las familias hasta la frontera turcosiria. Es la última tentativa antes de que las tropas kurdas hagan su entrada definitiva en el cerco de Baguz. Para ello, Omar entrega cuanto tiene, 4.400 euros en efectivo, a un mercante local que promete transportar al grupo hasta una zona segura durante la noche. Pero la operación vuelve a frustrarse, pues el traficante desaparece del pueblo con el dinero. Ante la inminente entrada de las FDS, que descienden en vehículos la ladera de la montaña, la única salida es asumir la derrota. «O acabamos con los kurdos o estamos muertos», escriben por teléfono a sus familiares en España.

En la penumbra de una gélida noche de febrero, entre el pesar y la esperanza, Omar al Harchi se despide de Yolanda. Se agarra con fuerza a ella, como si no la quisiera perder, como si quisiera sentirla por última vez, para guardar su forma en el recuerdo.

—Esta es la única forma de salvarnos, Yoli —le dice tras hacerle entrega del permiso, que corresponde al *mahram*, o varón guardián, para que camine la senda de la rendición. El momento de la despedida es una punzada en el corazón de una mujer que siente una devoción desmesurada por su marido. Ella teme no volver a ver a ese hombre por el que lo ha dado todo, por el que se convirtió a una nueva religión,

por el que abandonó a su familia y por el que se adentró en los confines de un grupo terrorista. Junto a Yolanda camina su amiga Luna Fernández Grande, otra yihadista española cuyo marido, Mohamed el Amin, ha sido abatido en los últimos envites de la ofensiva. Las dos conversas madrileñas se conocieron unos años antes de marcharse a Siria, cuando sus parejas eran amigos que coincidían en la mezquita, para consagrar después la llamada «célula de la M-30», un círculo de marroquíes y españoles que se entregó al yihadismo y ocupó las primeras páginas de la prensa nacional.

Yolanda no tarda en alcanzar una posición de las FDS acompañada de sus cuatro hijos: Bilal, Aisha, Jadiya y Omar. Con ellos van Luna y los suyos —Abdurrahman, Asia, Maryam e Ibrahim—, más el hijo de la segunda esposa de su marido, y otros tres niños del español fallecido en combate Mohamed Draoui. La hilera de los vencidos lleva a los catorce españoles a la custodia de los milicianos y milicianas kurdos que gestionan la llegada de las esposas e hijos de Dáesh. En la parte trasera de un camión, en el que se apelotonan más de cien mujeres y niños, los prisioneros serán conducidos hasta los campamentos de detención en el nordeste de Siria, como Al Hol, Al Roj o Ain Issa. Y solo unos días más tarde, Omar se entregará también con otros dos combatientes de Tetuán. Y esta será la última pista que todos los familiares tendrán del paradero de Omar al Harchi, el marido de Yolanda y conocido en la organización como Abu Bilal al Andalusi.

La primera prueba gráfica de que las españolas han salido del califato con vida es del 24 de febrero de 2019. Un vídeo de la agencia de noticias árabe A24NewsAgency¹ muestra a Luna Fernández en un punto de criba (*screening point*) a los pies de un camión aparcado en medio del desierto sirio, en un instante en que el convoy hace un alto en el camino.

—¿Todos son hijos tuyos? —le pregunta Mustafa Bali, el oficial de prensa de las FDS, señalando a los ocho niños pequeños. Luna asiente con la mirada fija en el suelo y los brazos cruzados. Es una escena rutinaria en las semanas de

la batalla de Baguz. Pero en esta ocasión la secuencia llega hasta la pantalla del ordenador de la suegra de Luna, que, desde Madrid y tras una exhaustiva búsqueda por internet, reconoce los rostros de sus cuatro nietos. El hallazgo activa la voz de alarma entre los familiares y un agente del CNI al comunicar que las mujeres han logrado salir a salvo. Los padres de unos y otros, que han llevado en secreto la afiliación de sus hijos al EI, contactan por primera vez entre ellos y solicitan, vía correo electrónico, la repatriación de sus hijos al Ministerio de Asuntos Exteriores español.

Los puntos de criba en los que han aparecido Luna y Yolanda son el primer cara a cara entre vencedores y vencidos, entre kurdos y yihadistas, donde tiene lugar el cuestionario sobre el nombre y la nacionalidad. Es aquí donde se identifican los primeros combatientes terroristas extranjeros —como se los denomina en el ámbito de la seguridad—, ya que hasta ahora la indumentaria típica y los estragos de la batalla no permitían distinguir ni rasgos ni ciudadanía. Este tipo de prisionero tiene un valor añadido, ya que representa la peor amenaza para Occidente y una valiosa moneda de cambio para los actores locales.

En un frondoso mar de telas negras, que ondean por el viento de una tormenta de arena y bajo las que asoman unos pies descalzos y unos tobillos raquíuticos, los milicianos kurdos se adentran para tomar las primeras anotaciones.

—A ver, tú, ¿cuál es tu nacionalidad? —Bali se adentra en la multitud de mujeres, que se apartan a su paso para que no las roce un varón.

—Francesa, francesa, soy francesa —responde una mujer con las gafas cuarteadas y agazapada por el temor a que, como contaban los rumores en Raqqa, los kurdos violen a las apresadas.

—¿Y tú? —repite el miliciano sin levantar la vista del cuaderno.

—Marruecos, de Marruecos.

Los esqueléticos guerrilleros masculinos, envueltos en arrugados trapos, son dirigidos a los centros penitenciarios,

antiguas escuelas u hospitales que ahora hacen la función de cárceles para los miembros de Dáesh en Hasaka, Kobane, Derik o Qamishli. Yolanda es evacuada en uno de los últimos convoyes que abandona Baguz, una hilera de cinco camiones y un autobús blanco que traquetea por la pedregosa carretera del desierto. Para sorpresa de los soldados estadounidenses y de toda la comunidad internacional, más de treinta mil personas han salido del último bastión del EI.² Ni siquiera las estimaciones del mando de la CI, que la prensa tachaba de exageradas, lograron prever una cifra semejante. Las imágenes aéreas de los cazas y drones sugerían un número menor, pero los yihadistas se han escondido bajo tierra en túneles y búnkeres de las compañías petrolíferas que explotaban los yacimientos antes de la guerra.

La última columna de vehículos hace la parada definitiva en el macroasentamiento de Al Hol, una cárcel abierta con tiendas de campaña, que en aquellos días multiplica su población de los diez mil a los setenta y tres mil desplazados.³ El alojamiento se sitúa en la provincia de Hasaka, en un terreno árido de climatología adversa, atizado por ráfagas de lluvia en invierno y un sofocante calor en verano. El mar de carpas donadas por el Alto Comisionado para los Refugiados de Naciones Unidas (ACNUR, o UNHCR por sus siglas en inglés) se extiende hasta la línea del horizonte. Más de 12.600 tiendas de campaña refugian a las unidades familiares⁴ y más de quince mil personas comparten los espacios comunes.⁵ El campamento, que antes solo alojaba a los desplazados de la contienda bélica, no se ha adaptado a la repentina llegada de los remanentes del EI. La superficie total de Al Hol está dividida en siete secciones, casi todas habitadas por sirios e iraquíes que residían en el área controlada por el grupo terrorista o que formaban parte de la organización, pero también por aquellos que llegaron en otra ola previa de civiles desalojados. La sección de los extranjeros, el anexo número 7, cuenta con mayores medidas de seguridad. Los otros residentes no pueden entrar en esta área donde se encuentran instalados once mil doscientos mu-

jeros y niños.⁶ Un montículo de tierra rodea el perímetro para evitar que periodistas y curiosos puedan observar a las esposas e hijos de los terroristas de categoría internacional.

Yolanda observa el desembarco en Al Hol con estupefacción. El tumulto de telas negras es una aglomeración que se mueve dislocada, sobre la que sobrevuelan unos bebés que pasan de mano en mano o entre la que se puede distinguir a unos chiquillos que saltan de la cabina de carga al suelo. Entre los mantos oscuros, aderezados con la polvareda de arena, salen manos, desnudas o con guantes, que se secan el sudor de la frente, hurgan en el interior del vestido o bien enjuagan las lágrimas de las mejillas. Las seis horas de trayecto en la estructura metálica del vehículo han ocasionado desmayos, mareos e incluso alguna muerte entre quienes arrastraban un estado de debilidad extrema.

—Bilal, coge a tus hermanas, ¿de acuerdo?

La madre ordena al primogénito que agarre fuerte a Aisha y Jadiya, que no las pierda de vista, para que ella pueda proteger al recién nacido enrollado entre las telas bajo el vestido. Teme que el bebé pueda sufrir los envites del desplazamiento, ya que la masa de mujeres se mueve sin orden ni compás. Desde atrás una anciana le pisa la falda, otras chicas tiran de ella hacia abajo. Echa la vista atrás para buscar a Luna, a la que encuentra a apenas tres metros de distancia. Cuando la mira, se topa con unos ojos delirantes que brillan a través de la ranura del velo. Unos sollozos arrancados por la muerte de su marido, a quien ha perdido solo unos días atrás, pero que también reflejan los primeros meses de un nuevo embarazo, el hambre de las últimas semanas y el agotamiento de cargar con ocho niños pequeños. La ley de Alá la ha hecho responsable de otros cuatro huérfanos españoles. Uno de ellos es el hijo de la segunda esposa de su marido y por ello ahora todos pertenecen a la misma unidad familiar. Entre la turba de mujeres que se agolpa en la entrada de Al Hol, Yolanda puede distinguir a la tercera española, Lubna Mohamed Miludi, que también ha sobrevivido a la calamidad de Baguz.

La ceutí, de 24 años, se ha movido con yihadistas francófonos debido a la nacionalidad de su marido, el yihadista francés Al Khandoussi, que también ha caído en el último frente del EI. Lubna se desplaza con otras mujeres que conoció en el califato y con su único hijo. El torrente de mantos negros va a parar a una enorme carpa con bancos azules, una especie de oficina de registro, en la que tendrán que esperar varios días hasta recibir una tienda de campaña individual. Los administradores del recinto deben organizar los nuevos ingresos, levantar unidades de lona adicionales y distribuir los paquetes de ayuda humanitaria. La entrada de Al Hol es un embudo de enfermedades, hambre y suciedad. Un colapso de miles de niños y mujeres que arrastran las peores infecciones, una higiene inexistente y un preocupante estado mental. Las primeras muertes, contagios o peleas son inevitables. Día a día, se conforma lo que será el principal ejemplo de una distopía en pleno siglo XXI, un barrizal en el que se criará toda una generación multinacional, al amparo de las costumbres yihadistas, pero bajo el sometimiento de la captura bélica, en la que convivirán durante años las prisioneras yihadistas de Dáesh.

EL PARADIGMA DE UNA DISTOPÍA:

LOS CAMPAMENTOS DE PRISIONEROS YIHADISTAS

Las puertas de Al Hol son el paso hacia un universo desconocido, lo más parecido que alguien ha podido descubrir de las dinámicas del caído califato. Por el que fluyen todavía las mismas costumbres que regían la vida de Raqqa, Mayadín o Baguz, las capitales que han habitado los terroristas más temidos de nuestra era. Esta extraña ideología hechicera que destierra a los hombres y mujeres del nuevo siglo, que los encierra en una política arcaica incomprensible, que denigra el papel de la mujer y lo relega a su función más simple. Es el Estado Islámico de Dáesh en una versión más decadente, el primer contacto que un periodista tiene con lo que fue-

ron las calles y sociedad del EI. El primer avistamiento de los yihadistas en su rutina diaria, yendo al mercado, a la zona de baños o levantando una caseta.

Hacia la primera carpa de ACNUR en la entrada se acerca una inmensa marea de niños que no levantan un palmo del suelo. Arrastran carros y cajas, empujan cajones con ruedas y tiran con fuerza de una cuerda con varios contenedores de carga. Sus rostros imberbes están abrasados por el sol, y sus ropas, roídas por la tierra. La ausencia de hombres, que han perecido en la contienda, ha cedido forzosamente el relevo a los infantes de Al Hol, que son ahora la mano de obra en la rutina diaria. Uno de ellos, de tez oscura pero brillantes ojos azules, se seca el sudor con la manga de una camiseta mientras espera el reparto de las provisiones del día.

—¡Perdone, perdone, señora! —El pequeño me confunde con una trabajadora de la organización—. Perdone, ¿podría decirme qué es esto y para qué lo utilizamos?

Probablemente es la primera vez que el chico sostiene un ventilador, un pequeño aparato de plástico blanco que distribuye ACNUR para aliviar la época más calurosa del año. Las diminutas manos llenas de rasguños y moraduras aprietan aleatoriamente los botones de funcionamiento y me mira para buscar mi gesto de aprobación. Sonríe tímidamente, confundido, incapaz de entender por qué no se mueven las aspas. Aun así, sale corriendo encantado, contento de haber encontrado un nuevo juguete. La explanada de Al Hol se esparce por la árida región de Wadi Herbat al Maliha, una comarca que ha sufrido la desertización por la falta de lluvias y que ahora registra las temperaturas más altas del país. Este refugio acogió a los desplazados de la guerra del Golfo en 1991⁷ y, con el paso del tiempo, el lugar ha sido el reflejo de los distintos frentes bélicos, esta vez, de los supervivientes del califato.

El microcosmos de Al Hol se conforma como un tipo de sociedad singular huérfana de adultos varones y donde la mitad de la población no supera los doce años. Pero los adolescentes también tienen responsabilidad penal en la región

kurdosiría y son investigados en otros espacios carcelarios porque los instructores de Dáesh aleccionaban militarmente a los mayores de nueve años. Estos menores que fueron en un tiempo el experimento piloto de la genealogía del EI son hoy el yugo de carga de los restos del califato. En grupitos, tiran de las provisiones de comida varios kilómetros hasta la tienda de campaña. Algunos hacen un alto en el camino y se resguardan bajo la sombra que dibuja un macrobidón de agua; otros caen rendidos al suelo hasta que sus amigos acuden a socorrerlos. Por las callejuelas puede verse a «los niños de los recados», que desempeñan labores de limpieza, cargan bolsas de la compra o esperan ante un puesto en el *shok*, el mercado, para conseguir algo de calderilla con la que mitigar el tormento de Al Hol.

—Es una tienda de campaña, está en llamas —dice uno de los trabajadores humanitarios—, probablemente se haya originado mientras cocinaban, con el aceite hirviendo o el hornillo de gas. Con el dedo índice señala al otro extremo del área, donde se divisa una columna de humo blanco. Las presas deben preparar su propia comida y las cocinas ambulantes desatan repetidos incendios.

Las primeras semanas en Al Hol son una prueba mortal para los más pequeños, que llegan desnutridos por las incontables miserias que han sufrido en el cerco bélico. Los hospitales de las ciudades de Hasaka y Qamishli, inhabilitados para algunas afecciones, reciben a diario a bebés enfermos de neumonía o infectados a causa de las quemaduras. El equipo médico no es capaz de absorber la demanda y empiezan a morir los primeros recién nacidos, que llegarán a 517 en los meses posteriores.⁸ Los paquetes de alimentos con bolsas de arroz, habas, garbanzos o *zaatar* —una mezcla de tomillo y semillas de sésamo, típica de la cocina árabe, que se toma con aceite— son distribuidos por el Programa Mundial de Alimentos (WFP, por sus siglas en inglés), pero no contienen raciones de fruta, verdura, carne o pescado. Estos nutrientes sí se pueden encontrar, sin embargo, en los puestos del *shok*,

aunque a unos precios muy elevados que solo una ínfima proporción de los presos puede costear. El personal paramédico que ofrece atención sanitaria en Al Hol no es capaz de atender el desmedido número de pacientes. La Cruz Roja es la única organización humanitaria con presencia declarada y sus trabajadores visitan las instalaciones cada semana. Otras instituciones como Save the Children, tan necesarias en un entorno crítico para la población infantil, trabajan de incógnito y sin el logotipo para proteger la seguridad de su personal.

—Lo que nos preocupa es la nutrición de los más pequeños. Comen suficiente cantidad, pero sin variedad. A largo plazo creemos que esto creará un problema de retraso en el crecimiento, toda esa generación será más bajita y sufrirá una serie de problemas mentales —dice Amjad Yamin, portavoz de la organización. Una generación integrada por al menos cuarenta y nueve mil niños entre los que se ha identificado a unos setecientos procedentes de países de la UE.⁹ El equipo de ACNUR es el encargado de las labores de vacunación, puesto que los nacidos en el califato nunca han recibido el tratamiento preventivo, pero las dosis no son suficientes para la desproporcionada presencia de niños.

Al Hol es un campamento-prisión de las dimensiones de una pequeña metrópoli. Los habitantes-presos no poseen vehículos para desplazarse y el paseo por el mar de tiendas puede ser la única sensación de libertad. De la seguridad se encargan los milicianos kurdos de la Asayish (fuerza policial) y la inteligencia de las YPG (Unidades de Protección Popular, la milicia que hace la función del ejército), que vigilan las dinámicas internas. El *shok* es una calle interminable de diminutas casetas que exponen productos a la intemperie, en los que venden tomates, pepinos, verdura u otro tipo de bienes acordes a los preceptos *halal* (prácticas permitidas en la religión musulmana). Este bazar improvisado, que se expande sobre un suelo de barro y cabañas cubiertas de paja, cuenta también con carnicerías respetuosas con los principios musulmanes, oficinas de empeño o de envío de fondos —mediante

la *hawala*, un sistema tradicional de entrega de dinero a través de terceros— y tenderetes de ropa salafista como *jalabeyas* —túnicas de hilo masculinas— o *niqabs*. En la vía principal se viven escenas grotescas, surrealistas, inverosímiles... Una señora ataviada con la usual túnica negra apunta con un dedo hacia el cielo, en representación de la unicidad del islam —el término *tawhid* que ensalzan los yihadistas—, para glorificar al fundador del califato, Abu Bakar al Bagdadi:

—¡*Allahu akbar!* ¡Alá es grande! ¡Es el Califa quien nos ha preparado este campamento para que podamos hospedarnos y alimentarnos! —grita exaltada.

—¡No! ¿Qué estás diciendo? ¡Han sido los *murtaddin*, los apóstatas, quienes nos han encerrado aquí, pero Al Bagdadi vendrá a rescatarnos con un caballo que descenderá de los cielos! —la reprende otra muchacha más joven.

No tarda en originarse un altercado de frases arrojadas con ideas disparatadas propias de una realidad inimaginable. Ideas de locos que incluso ponen en duda la salud mental de algunos de los habitantes del EI.

—¡Oye, tú! ¿Habéis visto a las españolas? —La miliciana responsable de la seguridad en el anexo número 7, el área de las extranjeras, recorre la acampada, aturdida por el calor y la vagancia, gritando a la boquilla de un megáfono.

—Sí, están por el fondo, por ahí —responde en árabe otra yihadista instalada frente a la puerta.

Han pasado tres meses desde que Yolanda, quien se registró en la oficina principal con su nombre civil y nacionalidad, anotara «España» como el destino de una posible repatriación. Unas mujeres que viven frente a su tienda le dicen que las kurdas la están buscando. A ella, a Luna y a Romina Martín, una mujer alemana de padre malagueño que también ha solicitado volver a España en la ficha de ingreso.

—¡Venga! ¡Recoged vuestras cosas, os vais a España! —grita la miliciana kurda cuando las encuentra.

La noticia corre como la pólvora en la sección 7 de Al Hol ante la perplejidad de las otras extranjeras, ya que ningún país

europeo ha sacado de aquel lugar a ni siquiera uno de sus prisioneros patrios. Hasta ese momento, solo Francia y Suecia han repatriado a cinco y siete menores huérfanos. Pero la salida de los adultos es todavía una fantasía inalcanzable para las prisioneras. Luna es la primera en salir, alucinada de la celeridad con la que se ha gestionado su vuelta a España, y después lo harán Yolanda y Romina. Lubna Mohamed Miludi, la recluta de Ceuta, no quiere sumarse a la operación de salida y decide, según cuentan ellas, quedarse en Al Hol. La ceutí prefiere adoptar un perfil bajo, todavía no ha dado entrevistas a la prensa y apuesta por esconderse entre el caos que domina el asentamiento. Yolanda y Luna viajaron a Siria antes de que Al Bagdadi instaurara públicamente el califato, mientras que Lubna se unió al grupo unos meses después, en noviembre de ese mismo año. Esta diferencia podría agravar su investigación judicial, pues no se unió a una insurrección islámica, sino a un grupo terrorista que controlaba un territorio. Además lo hizo sin pareja, como una novia yihadista (*jihadi bride*), por lo que su coartada —casi todas ellas insisten en que fueron engañadas por sus maridos— tiene pocas posibilidades de prosperar. Yolanda, Luna y Romina desembarcan en otro campamento a unas cuatro horas de trayecto. Y enseguida comprenden que han sido víctimas de una trampa para facilitar su traslado. La maniobra no concluye con el vuelo a Madrid, sino con su internamiento en un recinto más reducido y controlado por las tropas estadounidenses: el campamento de Al Roj.

Me encuentro con Yolanda un mes más tarde, cuando la rutina, las horas de sueño y el alimento diario le han devuelto la tranquilidad y los kilos perdidos en la vorágine de la guerra. Nos vemos por primera vez en la caseta de las guardianas de la unidad de inteligencia, en un aparcamiento de gravilla cerrado por unos muros de bloques de hormigón. El sol cegador de un día de junio a las tres de la tarde me impide ver con claridad, pero aun así puedo ver a una mujer robusta, de tez pálida y paso firme que se acerca a saludarme con una decisión abrumadora.

—Eres tú, ¿verdad? Tenía ganas de conocerte.

Me sorprende la suavidad de su voz y el carácter dulce de la yihadista madrileña. También su actitud cercana, me llama por mi nombre, con una confianza muy poco habitual entre las temerosas exfiltradas de Baguz. Yolanda se muestra a cara descubierta, no por voluntad propia, sino por orden de las autoridades de Al Roj, donde se ha prohibido cualquier simbología del grupo terrorista como el uso de *niqab* y el color negro en la vestimenta. Por ello se presenta ante mí con un velo *jimar* —una capa que cubre desde la cabeza hasta la cintura pero deja el rostro visible— de color azul muy oscuro y unos pantalones anchos de tela marrón. Las enormes gafas, posiblemente de alta graduación, sobresalen de sus facciones, entre las que destaca una prominente nariz. Me fijo sin querer en los dientes, poco cuidados, entre los cuales resaltan algunas roturas y defectos, y que me llevan directamente al imaginario de la desgraciada huida por el valle del Éufrates. Una crónica de carencias, caídas, golpes, hambre y dolor. Su piel es escrupulosamente blanca, le da el fulgor de una mujer espiritual, de sabia del islam, de reputada fémina yihadista. El tono de la voz es muy bajo, casi inaudible, y pausado acorde al recato propio de la moral salafista. El rostro poco agraciado de la yihadista Martínez recuerda al de una niña tímida e inocente, de carácter dócil y manipulable, de alguien sin excesiva confianza en sí misma. Pero la actitud es distinta, ejerce cierto dominio sobre otra chica que la acompaña. Yolanda no duda en entrar primero en el cuarto que nos han preparado. No duda en sentarse y, cuando habla, se dirige a su interlocutor con seguridad:

—Llevamos aquí más de un mes y medio metidas en una jaima grande sin climatizador. Todos los días nos dicen «mañana, mañana os damos una tienda para vosotras», pero nos mienten para fastidiarnos. La gente aquí está muriendo de cólera. Hay casos... aquí ha muerto un niño y una mujer. Y hemos pedido que limpien las aguas o que por lo menos les echen lejía, pero no hacen caso. Hay cólera en esta época... imagínate... ¡El cólera es de la Edad Media!